



Presentación

Salvador Rueda Smithers
(Editor huésped)

El carácter coyuntural de las fechas conmemorativas les otorga varias ventajas si se les compara con los tiempos carentes de efeméride. Una de esas ventajas es el propósito común de difundir de manera extraordinaria el relato de los hechos recordados. En un círculo no pocas veces virtuoso, sucesos y procesos del pasado son recreados para entender sus efectos en el perfil particular actual, perfil que es materia de la memoria. De ello dan fe ininidad de publicaciones, con propósitos que van desde la polémica a la descripción factual, desde las interpretaciones ajustadas a las reglas historiográficas, hasta los juicios inapelables que sentencian (aquí sí, círculo vicioso) a los hombres de generaciones anteriores en el presente.

En el año de 2010, curiosamente coincidente como recordatorio cronológico de dos hechos fundacionales del ser mexicano, el ejercicio de la efeméride se resuelve en el acercamiento modernizado a la arcaica historia reciente –para robar la ironía a Luis Cardoza y Aragón–, esto es, para refrescar los frecuentemente simplistas esquemas memorizados de la remota historia inmediata.

Harto más difícil resulta pensar en el ensayo histórico escrito para el asiduo más exigente de una publicación como la revista *Ciencia*. Por lo pronto, se piensa en un abanico de lectores acostumbrados a la precisión –y al debate por la precisión– que se desdobra en ley;

lectores estructurados en disciplinas muy diferentes a las historiográficas –en las que muchas veces las conjeturas se elevan al estatuto de hipótesis firmes, sin dejar de ser meros supuestos lógicos–, disciplinas que obligan a la prueba constante de los asertos y al examen mesurable de los conceptos. Se trata, en fin, de lectores muy distantes de aquellos a los que Umberto Eco definió como *ingenuos*; esto es, más cómplices que críticos de lo que se escribe.

Con esta suerte de lector ideal de gustos difíciles en el horizonte, el Consejo Editorial de la revista *Ciencia* buscó ofrecer un mosaico menos simple de textos que ejemplificaran los avances de la historiografía sobre los acontecimientos que hoy sirven de balance del ser mexicano. En este sentido, debía quedar muy clara la separación entre las propuestas de comprensión del pasado de cada uno de los textos aquí ofrecidos y el conocimiento de esos mismos hechos que se ha dado por bueno a lo largo de varias generaciones. El conjunto de textos reunidos en esta sección conmemorativa tiene ese objetivo: poner en la mano los conceptos al día sobre temas que parecieran ya envejecidos.

No hace falta adelantar las temáticas que ahora se ofrecen, sino invitar a leerlas con la atención debida. Comienza, desde el punto de vista del orden cronológico, un dibujo sintético y puntual de la que Voltaire calificó como “institución infame”: la Inquisición; las líneas de este dibujo la develan como uno de los bra-

zos políticos del gobierno de la Corona española, en su vertiente colonial; institución dura con algunos y blanda con otros, pero siempre eficaz en la vigilancia del pensamiento. Vale apuntar que la estrecha inspección de las conciencias funcionó, al comienzo del siglo XIX, como inhibidor de las rebeldías criollas, semillas de la independencia.

El brinco temático permite cubrir terreno histórico con botas de siete leguas. Bajo esta sencilla norma se caminará de la década independentista a la revolucionaria sin sentir extrañeza ni mareos. Además de que, ya se dijo, se irá a contracorriente de los conceptos más aceptados. Así podrá notarse, por ejemplo, que es falaz el modelo estereotipado del origen de la guerra de Independencia como acto volitivo y un tanto instintivo de un buen cura de pueblo que llamó a la insurrección como si llamara a misa el domingo 16 de septiembre de 1810; se descubrirá, en cambio, la lucidez intelectual detrás del debate político criollo que animó durante meses a los conspiradores de Querétaro —y al mismo cura de pueblo, Miguel Hidalgo, con otros muchos más— para recomponer al gobierno de la Nueva España, o para lograr su autonomía. Tal es el asunto que trata el ensayo de Carlos Herrejón Peredo. O que es también inexacta la idea de que los primeros insurgentes iban tan sólo armados de palos y piedras —cosa que no era



del todo falsa, pero sin duda es afirmación corta—, pues los mineros de Guanajuato pusieron al servicio de la insurrección las tecnologías a la mano, entre otras la de la fundición de cañones. Éste es el tema del ensayo de Moisés Guzmán.

Hace cien años, con motivo de la conmemoración del primer centenario del levantamiento de Hidalgo, se renovó el espacio natural de la memoria colectiva: el Museo Nacional. Reinaugurado en agosto de 1910, el flamante Museo de Arqueología, Historia y Etnografía reformulaba el viejo diseño del espacio que guardaba las reliquias patrióticas; era el sitio de la historia, con su propia historia. De ello habla el ensayo de Susana Avilés Aguirre. Al momento de la reapertura del Museo, en medio de las fiestas del centenario, quedaba el pasado genésico, con sus violencias de parto, encerradas en un pulcro recinto... o cuando menos eso se creyó. Apenas tres meses más tarde, la Revolución ajustaría la segunda frontera del mexicano con su pasado.

Frontera que también se estereotiparía a lo largo del siglo XX. Entre otros asuntos, como la concepción en blanco y negro del “brusco poema de Zapata”, rebeldía que se ha juzgado a manera de anacrónica simpleza (“acorde” con la “naturaleza de indígenas campesinos”) en cuya tenacidad se descubre una idea fija —y única: la de restitución territorial que devino en reforma agraria. Nada de eso, según podrá verse en el ensayo de este autor sobre los paisajes del zapatismo, vistos desde distintos ángulos por sus contemporáneos. Asimismo, los estereotipos pueden ser rebasados por la realidad. La imagen de un Francisco Villa fecundo, prolífico, patriarcal, macho y buen padre, es develada por Guadalupe Villa, en cuyo ensayo las asperezas que el tiempo ha inventado o incrustado en el Centauro del Norte se modifican para darle estatura humana y entender su característica íntima más legendaria: su multipaternalidad.

Vaya pues este racimo de escritos misceláneos, a manera de serio divertimento para los exigentes lectores de las ciencias de la naturaleza. Su diáspora no debe confundir: son ejercicios, como alguna vez escribió Edmundo O’Gorman, de entender al hombre en su pasado —no al imposible pasado del hombre, asunto de otra ciencia, no de la historia.